

UNA ESPIGA PARA CADA INSTANTE

LA FUENTE

Revista Literaria, nº 32. Almería, octubre-diciembre 2007

Fundadora: Filo Lara

Coordinadora: Carmen Alcalde

Directora: M.^a Ángeles Bernárdez

Subvenciona Excmo. Ayuntamiento y Excmo. Diputación de Almería

Hace tan sólo unos días recibí el número 32 de la Revista Literaria “La Fuente”, de Almería. En este nuevo ejemplar colaboran 29 poetas con 31 creaciones poéticas. Entre los poemas, 2 son del poeta almeriense Ángel Fernández Rubio (1929-2004), en señal de homenaje del equipo directivo de dicha Revista al desaparecido vate. Los restantes poemas son de autores de Cuba, Italia, EE UU, Perú, Suiza, Argentina, Chile y España (Almería, Albacete, Cádiz, Granada, Madrid, Málaga, Murcia y Vizcaya). En las páginas centrales aparece publicado la crítica literaria que escribió quien esto escribe y firma sobre el magnífico y enriquecedor poemario “Del crepúsculo a la alborada”, de la poeta Leonora Acuña de Marmolejo (Edición de autor. Levittown, New York -USA- 2007. Págs. 126).

Obviamente estos creadores líricos son conscientes de que si grande es la Palabra más grande es el Silencio, escritos así, con mayúsculas, tal y como señala Carlyle, porque las grandes ideas surgen sólo de los grandes silencios. Octavio Paz también lo escribió con buena y silenciosa pluma: “Al desvalorizar el silencio, la publicidad ha desvalorizado también el lenguaje. Uno y otro son inseparables: saber hablar fue siempre saber callar, saber que no siempre se debe hablar”.

Es evidente que la poesía tampoco se hace con ruido y grito. La poesía es ritmo susurrado. Hay que hacerse poetas y susurrar silencios. Hay que acallar al menos por un momento los gritos bulliciosos que asfixian a los hombres actuales, más sombras que hombres.

Borges escribió un poema titulado “Midgarthormr.” Si Borges, como canta en sus silenciosos versos, verdaderamente soñó con aquella víbora nórdica que abarcaba todo el universo –“hacia el alba la vi en la pesadilla”- hay que decir algo sobre cómo la pesadilla puede transformarse en poesía cuando le llega a un verdadero poeta. Cuando le llega al hombre común, en cambio, no pasa de convertirse en un mero grito.

Uno de los problemas actuales es que cada vez hay menos poetas y cada vez gritan más las sombras que pasan por la tierra. Gritan las sombras actuales, y viven en constante pesadilla, aunque la mayor parte del tiempo no lo saben. Los gritos de las sombras son, al mismo tiempo, el resultado y la génesis de las pesadillas. Se trata, entonces, de un grito circular que, como la enorme serpiente nórdica, se muerde la cola.

Hay dos sombras particularmente bulliciosas. Allí están los chillidos de los hombres prácticos y, mezclados con ellos, los gritos razonados de los eruditos sin alma.

Y casi no se distinguen unos de otros; el ruido que producen es similar porque viven sumergidos en similares pesadillas.

Las sombras temen al silencio porque en él corren el peligro de encontrarse consigo mismas. Las sombras temen callar y temen detenerse. Corren y gritan y vuelven a correr. Huyen del silencio y de la soledad y de la tierra. Corren hacia el bullicio y el hacinamiento y el asfalto. Allí no corren peligro de comprometerse con nada y saben que tampoco se enfrentarán a lo que ellas mismas son.

Los hombres prácticos se han convertido en consumidores consumidos. Han perdido la subjetividad. Ellos son los primeros que no oyen el silencio. Son los primeros que le faltan el respeto a la palabra y al lenguaje. Son los que desprecian a la poesía y temen a los poetas.

Cada vez más ruido se acumula alrededor de las obras silenciosas. Cada vez más gritos sobre los silencios de los poetas. La cultura de consumo es el ruido sobre el silencio de los poetas.

En este número de “La Fuente” hay poemas de gran belleza y hondura expresivas. Son destellos de distintas líricas, frutos succulentos e inmarcesibles del florecimiento literario de los poetas que colaboran en este número. Tras varias lecturas de estos poemas, extraigo la conclusión que la mayoría de los poemas, que compone esta nueva edición de La Fuente, está asentada sobre una filosofía poética que enaltece la belleza de la realidad vital e íntima, al mismo tiempo que el poeta reflexiona sobre ella. Por lo tanto, soy consciente de que determinados poemas surgen de lo más profundo del espíritu de esos autores. Cada uno de ellos “es un camino, dice Octavio Paz en su libro “La palabra edificante”, hacia nosotros mismos. En esto radica su valor moral”.

Ante este ramillete de poemas de La Fuente, subrayo que, aunque música, amor y poesía no solamente están unidas en el arte y en conceptos y definiciones, también lo están desde antes, quizás en la prehistoria, ligadas íntima y armónicamente a la naturaleza, al susurro armónico, apacible y melodioso del mar y el viento, en la intimidad del ser humano y, sienten a su vez, el amor en sus grandes momentos y con fervientes pasiones, en la soledad, en el verso...

José Martí, el gran poeta cubano, expresó que de todas las cosas se pueden hacer versos, pero que sólo del sentimiento se hará poesía y también, es suyo este poético pensamiento: “El amor es el lazo de los hombres, el modo de enseñar y el centro del mundo”. En relación con la música escribió: “La música es la forma más bella de lo bello”. Y acaso amor y poesía ¿no son también formas muy elevadas de lo bello? Al considerar a la música como la expresión máxima de lo bello, está implícito que ésta es capaz de producir bienestar. ¿Y qué mayor bienestar que sentir la plenitud del amor o de una bella poesía? Por eso, con toda razón, Descartes escribió que, “de los sentimientos dependía todo el bien y el mal de esta vida”.

El don de expresar con palabras, muchas veces organizadas en versos, estrofas, rimas, etc., le proporcionan una musicalidad muy interna a los secretos del alma. Dicho don les infunde a esas palabras el sentido más profundo y amante, recreándolas en bellísimos y sonoros y danzantes poemas. De igual manera hace que constituyan una

parte indisoluble de la especie humana, como es de indisoluble también el amor. Por ello afirmo, que el don de la poesía, de la música y del amor, no tiene límites de espacio ni de tiempo. En eso también se reconocen y viven con el hombre, desde siempre.

Ciertamente la obra de cada poeta forma un todo orgánico, es decir, se trata del carácter intertextual que el avezado lector de poemas advierte en el conjunto de la obra. “Un poema nuestro, refiere José Hierro, es un fotograma. Sólo relacionado con el anterior y el posterior adquiere movimiento”. De igual manera, si Jaime Gil de Biedma aseguraba, parafraseando a Chesterton, que más que poeta, éste desea ser poema, José Agustín Goytisolo afirma, siguiendo a Catulo, que es el poema y no el poeta el que debe pasar a la posteridad. Para él, “el poeta no es aquel que siente o se conmueve (...), sino el que hace sentir o emocionarse a los demás”.

Para el poeta ruso Khlebnikov, la palabra es una fuerza independiente que organiza el material de los sentimientos y pensamientos. Una palabra bien elegida debe hacer destellar hasta los mínimos matices del pensamiento. De ahí esa necesidad de hundirse hasta las raíces, de bucear en el origen de las palabras...

Dicen que los versos deben ser comprensibles como los letreros de una calle, donde se escribe con letra clara e inteligible, pero un letrero es un letrero y un verso, un verso. Ni las palabras del letrero ni las del verso se cambiarán sus respectivos destinos, es decir, los medios y el fin para las que fueron creadas.

Obviamente a las palabras incomprensibles de un poema, esos sortilegios de hechicero, se les atribuye un poder todopoderoso y una influencia directa en el destino del hombre. Son la omnipotente copa encantada. Se les atribuye el poder de mandar sobre el bien y el mal, y de dirigir el corazón de los sensibles.

Los versos de un poema pueden ser comprensibles o incomprensibles, pero sea como fuere, lo que sí deben tener es calidad, y ser fervientes.

Concluyo con estos versos: “Sobre las ruinas mi empeño ileso, / siempre audaz, incendiar la fiebre anhela / para incinerar este amanecer que promete / urgente luz fingiendo cerrarme las heridas. / Pero el invierno se anticipa, lo devora todo. / Sólo queda el vértigo de la ausencia / perpetuado sobre un rostro vencido en el espejo”.// (Del poema “Desde el silencio”, de Rafael Bueno Novoa. Leioa -Vizcaya-, pág. 12.).

Carlos Benítez Villodres
Málaga – España

<http://www.carlosbenitezvillodres.es>